

meditación ingenua sobre la verdad

Eduardo López Azpitarte

La problemática tradicional

La exigencia de la verdad en las relaciones humanas no requiere ninguna demostración. Es un principio tan evidente que se admite por una cierta conaturalidad espontánea. La sociabilidad del hombre encuentra en él su fundamento, como punto de partida de toda posible convivencia. Sin una base de confianza mutua, que brota apoyada en la veracidad de nuestras comunicaciones, no sería factible ningún tipo de encuentro personal. La desconfianza más absoluta nos haría vivir en un estado de sospecha permanente.

Nadie pone en duda, por tanto, que la veracidad constituye siempre un ideal, un valor que nos invita a su realización; y que la mentira, por el contrario, aparece con un significado negativo y deshumanizante. El precepto bíblico de no mentir tiene un carácter universal y profundamente humanista, que ha sido defendido —al menos, en teoría— por todas las culturas.

La complejidad de la vida, sin embargo, obstaculizaba muchas veces el cumplimiento de ese ideal. En la tradición, desde los tiempos de S. Agustín, se discutían múltiples situaciones en las que decir la verdad no resultaba conveniente para evitar otros mayores peligros. Las teorías de la restricción mental, del falsiloquio, del derecho perdido a la verdad etc. querían compaginar la malicia absoluta e intrínseca de la mentira y la urgencia o necesidad de no hablar verazmente en algunas ocasiones¹.

Toda la problemática se centraba en torno a esta casuística, provocada por la complejidad de las relaciones humanas, para ver si la palabra manifestada respondía a las exigencias de una verdadera comunicación, o en qué circunstancias y por qué motivos se debía ocultar la verdad, e, incluso, permitir el "engaño" de la

(1) Un breve resumen de estos planteamientos en G. TALIERCIO, *Mentira* en *Diccionario Enciclopédico de Teología moral*, Paulinas, Madrid 1973, 654-661. Para una presentación clásica sigue siendo básico el artículo de M. LEBRUS, *De mendatio*, *Periodica* 32 (1943) 5-18; 123-171; 33 (1944) 5-60. Una orientación más moderna, dentro de los esquemas tradicionales, en S. KUTZ, *Reflexión sobre la virtud de la veracidad*, *Concilium* n.º 25 (1967) 255-274.

otra persona. Se buscaba una salida práctica para solucionar los diferentes conflictos, que se presentaban en el campo de la relación. Un planteamiento ético que para muchos quedaría hoy resuelto, de una manera más lógica y coherente, a través de una fundamentación teleológica de la conducta, en la que la moralidad de una acción —en este caso, la verdad— no podría valorarse, sin tener en cuenta también las consecuencias y efectos que se derivarían de ese acto concreto².

Otras dimensiones de la moral: el engaño a sí mismo

Si la verdad y la mentira no tuvieran otros horizontes, la reflexión sobre ellas quedaría cerrada con unas breves reflexiones, como sucedía en los textos clásicos de moral. Pero una visión tan restringida elimina otras dimensiones olvidadas, que desearía acentuar en esta ocasión. No pretendemos ahora un análisis más filosófico y metafísico de los muchos problemas que plantea la verdad en sus diversas vertientes. Un tema amplio y debatido sobre el que se ha escrito una inmensa bibliografía³. Se trata, simplemente, de una sencilla e ingenua reflexión sobre otros aspectos prácticos que no siempre se tienen en cuenta.

Lo más fundamental e importante no radica sólo en el hecho de no mentir, de que las palabras manifiesten aquello que se piensa, sino en la obligación de no engañarse a sí mismo, y de vivir en una actitud de búsqueda y apertura permanente hacia la verdad, que poco a poco se nos revela en la historia. La dimensión social, en la que siempre hemos insistido como requisito para la comunicación, exige una previa dimensión personal, y requiere, al mismo tiempo, otra dimensión histórica, que nos lleve a un conocimiento más pleno de la misma realidad. Sobre estos dos aspectos quisiera ahora detenerme.

La verdad, en efecto, es una exigencia que impide engañar a los demás, pero sobre todo habría que acentuar —con más fuerza todavía, si cabe— la obligación que impone de no engañarse a sí mismo. Parece evidente que una gran parte de las mentiras —y, desde luego, las más peligrosas— son precisamente aquellas que brotan como consecuencia de la propia falsedad. La mentira consciente y explícita, la que se dice para engañar a los otros, se puede subsanar fácilmente con otra palabra honesta y sincera. La conciencia de no haber actuado bien permanece como un recuerdo constante, que nos invita a la rectificación. Lo malo y peligroso consiste en que el engaño, con mucha frecuencia, queda oculto y disimulado bajo la máscara del bien. Es un mecanismo psicológico de defensa, que se utiliza constantemente para hacer el mal, sin mayores resonancias internas.

(2) Sobre las diferentes formas de fundamentar la valoración ética hemos tratado en *Fundamentación de la ética cristiana en Praxis cristiana*, vol. I, Paulinas, Madrid 1984, 327-343. Para el tema concreto de la mentira K-H. Perchke, *Das Problem der absoluten Sündhaftigkeit des Lüge*, *Studia Moralia* 15 (1977) 697-711.

(3) Entre la abundante bibliografía, puede verse AA.VV. *La vérité*, Beauchesne, París 1983. J. SIMON, *La verdad como libertad. El desarrollo del problema de la verdad en la filosofía moderna*. Sígueme, Salamanca 1983. A. POPPI, *La verità*, Scuola, Brescia 1984.

El juego de las medias verdades

El arte de la mentira consiste en jugar con la ilusión y la apariencia, para llegar a convencerse que lo malo no resulta tan negativo e importante. La perversión ética supone siempre el conocimiento y aceptación del pecado, pero el hombre, de ordinario, no alcanza un grado tal alto de maldad. La comete porque no consigue descubrir en ella su verdadero rostro, velado y encubierto por otras apariencias superficiales y más bondadosas. Antes de realizar el mal, hay que llegar a convencerse, de una u otra manera, que se trata, en el fondo, de hacer un bien, o de que, por lo menos, la conducta no parece tan grave como se dice. Es un juego en el que no existe limpieza ni absoluta claridad, aunque tampoco se acepta la trampa con descaro. Hay que utilizar las medias verdades y manipular los datos, según los propios intereses, para acabar venciendo pero sin mala conciencia. Lo que se busca, precisamente, es una justificación pseudo-verdadera, que permita hacer lo que no se debe, a través de un convencimiento engañoso que elimina la lucidez.

Por eso, en la Biblia, el pecado aparece siempre como un sutil engaño, y Satán es designado como padre de la mentira (Jn 8, 44). No en vano, su identificación con la serpiente del paraíso le hace ser el "animal más astuto" (Gen. 3, 1) y, en la lucha final del Apocalipsis, se manifiesta como el gran seductor, "el que extravía a la tierra entera" (Ap 12, 9). Son muchos los relatos bíblicos que acentúan este proceso de obnubilación y autoengaño hasta concluir en un estado de encallecimiento y esclerosis, que incapacita para encontrarse con la verdad. Todo el cuarto Evangelio es una meditación fantástica sobre esta opacidad culpable que condujo a la muerte de Jesús⁴. La ignorancia y el error eximen de la culpa, pero sólo cuando ella no es producto y consecuencia de la propia mentira personal.

El tema de la tentación, al margen de las imágenes y connotaciones demasiado infantiles, encierra una riqueza psicológica impresionante en los escritos espirituales de los grandes autores. En el fondo de todas sus reflexiones, encontramos siempre la misma evolución hacia un convencimiento cada vez más falso y engañoso. Sólo al final de este proceso, el pecado es posible, a no ser que la perversión del individuo no requiera ya esta previa pseudo-justificación.

Psicología de la seducción y del proselitismo

El relato de la caída primera, con toda la riqueza de su género literario, contiene un simbolismo psicológico impresionante para descubrir dónde se encuentra el origen del fallo humano. La astucia de la serpiente consigue, a través de falsas apariencias e inocentes preguntas, que la seguridad y confianza en un mandato se diluya progresivamente para que, lo que antes se consideraba transgresión y desobediencia, se convierta ahora en un objeto seductor. El proceso se realiza de una forma tan magistral que resulta difícil reconocer dónde se encuentran los límites

(4) Cfr., por ejemplo, I. DE LA POTTERIE, *La vérité dans S. Jean*. PIB, Roma 1977.

entre la verdad y la mentira. Si Dios sigue siendo el garante y protector del hombre, o se trata simplemente de su opresor y enemigo. Sólo cuando el mal ha sido enmascarado y no aparece ya con toda su crudeza, se puede coger la fruta del árbol prohibido⁵.

El objetivo de esta evolución es llevar a un estado de mala fe, en el que a medias nos engañamos a sabiendas, y a medias creemos en el engaño. Si no hubiera esta mezcla de luz y opacidad, no habría otra alternativa que la del simple error sin culpa, o la de una maldad sin atenuación. Y entre el que está equivocado por completo o el perverso absoluto, se encuentra al hombre normal, que con el rabillo del ojo sabe que se engaña, pero no le interesa tampoco conocer su falsa justificación.

A partir de ahí, surge la necesidad del contagio y del proselitismo. Es una reacción defensiva para mantener más aún el propio error. En la medida en que otros lo acepten, existe como una confirmación implícita de que la verdad era la nuestra. El deseo de autojustificación lleva a provocar en los demás la misma experiencia, pues la multitud se convierte en una garantía de que se ha obrado de buena fe y sin ninguna equivocación. Se actúa como todos los demás. Por eso, Satán aparece también en la revelación como un asesino: "él fue un asesino desde el principio y nunca ha estado en la verdad" (Jn 8, 44). Su función radica, precisamente, en sembrar esa mala fe, que atenta contra la libertad y autonomía del hombre hasta arrebatarle su capacidad de discernir.

Dificultades concretas en el campo de la moral

En el ámbito de la moral, el engaño acontece con una facilidad mucho mayor. Los juicios éticos tienen como objeto el mundo de los valores; y en la captación de éstos no entran sólo los elementos racionales, sino que influyen, sobre todo, el afecto, el sentimiento, la sensibilidad, el corazón. Todavía existe en algunos la idea de que la moral es una ciencia positiva, que maneja, como cualquier otra, datos inmediatos y verificables. Su certeza no es producto de un silogismo o de una operación matemática, sino que busca aquello que, en conjunto y teniendo en cuenta todas las circunstancias, parece que es lo mejor para la realización del hombre.

El pluralismo, en la solución de muchos problemas, no se debe, al menos en la mayoría de las ocasiones, a una relajación o ignorancia, sino que nace por la complejidad de las mismas situaciones, en las que no siempre se ve con evidencia cuál es el valor más importante y preferente. El discernimiento y la decisión posterior tienen, por ello, el peligro de que se realicen no de una manera objetiva, sino en función de intereses particulares.

(5) Muy interesante el estudio, desde el punto de vista psicológico, de E. DREWERMANN, *Angustia y culpa en el relato yahvista de la caída* (Gén. 3, 1-5), *Concilium* n.º 113 (1976) 369-381.

Por otra parte, el conocimiento de los valores es un hecho que compromete, que invita a una coherencia ulterior para actuar de acuerdo con sus exigencias. No se trata sólo de informarse sobre una determinada teoría, sino de aceptarla después para dirigir la conducta. Esto explica que, para no permanecer en una dicotomía molesta entre lo que se debe y lo que se hace, se produzca una ceguera y encallecimiento ante los valores, que elimine la culpabilidad posterior o el sentimiento de indignidad. Como se dice popularmente, a fuerza de no vivir como pensamos, llegamos a pensar como vivimos; pues resulta imposible, a la larga, estar convencido de la necesidad de un valor y, sin embargo, no traducirlo jamás en nuestra vida. El mecanismo de defensa, más al alcance de la mano, para superar semejante tensión, es acudir precisamente al engaño interesado. El valor en cuestión deja de tener importancia hasta que su llamada se aleja por completo y no suscita ya ningún interés.

La veracidad consigo mismo

La virtud de la veracidad exige, pues, una actitud previa de honestidad para reconocer las cosas tal y como ellas son, y no simplemente como a cada uno le parece o le conviene. Una postura que rehusa todo tipo de componendas y duplicidad.

Ahora bien, si tenemos en cuenta todos los factores condicionantes —prejuicios, cultura, ideologías, situación económica, temperamento, motivaciones inconscientes, presiones diversas, experiencias personales etc.—, que matizan o dificultan ese conocimiento objetivo, sería bueno mantener siempre una cierta dosis de sospecha en muchas de nuestras valoraciones. Precisamente porque esos elementos son ocultos e interesados, y en ellos se entremezclan las medias verdades tan peligrosas, la mala fe no se detecta con claridad y pasa, muchas veces, desapercibida, sin despertar apenas ningún remordimiento o culpabilidad.

De ahí que la capacidad de autoengaño sea gigantesca en el hombre. Se necesita, con frecuencia, un período de tiempo, una reflexión sincera y purificada, y hasta una ayuda exterior para reconocer las propias equivocaciones. El encuentro con la verdad ha de comenzar por uno mismo, para que la palabra que nace de nosotros no constituya un peligro y una amenaza comunitaria. La mentira suele ser producto de una intoxicación por la que nos manipulamos personalmente antes de infeccionar a los demás.

La búsqueda de la verdad: una tarea en la historia

La verdad se concebía de ordinario, en la tradición, como algo que se había definitivamente conocido. Todo el esfuerzo se centraba, entonces, en defenderla de cualquier posible adulteración, y en trasmitirla con toda su pureza y plenitud. La mentira era, más que nada, una falta, como hemos visto, de lucidez, una mutilación de la herencia recibida, o una entrega fragmentada, pero no se insistía tanto en su dimensión histórica y evolutiva. Hoy deberíamos subrayar su carácter dinámico para

presentarla también como una tarea, como un horizonte, como una misión. Su conquista no ha sido realizada de manera definitiva, sino que el hombre, como peregrino de la verdad, tiene que proseguir su búsqueda a lo largo de la historia. Si ya conocemos algo de su misterio, éste se nos ha de revelar todavía con una profundidad mayor.

Por eso, si hay una mentira que pervierte su mensaje conocido, existe, a su vez, un espíritu falso y mentiroso que impide la búsqueda de la verdad aún oculta, el descubrimiento de nuevos aspectos que podrían enriquecer la visión actual. Mentiroso sería no sólo el que traiciona lo ya descubierto, sino el que también se cierra al cambio y a la evolución, obstaculizando los nuevos avances⁶. Pero esta apertura hacia la verdad por conocer, con una actitud ágil y flexible, resulta difícil, molesta e, incluso, demasiado peligrosa para dejarla crecer. Se hace comprensible, por tanto, que broten ciertos intentos por alejar lo que se considera una amenaza.

La tentación del autoritarismo

Todo grupo necesariamente tiene que mantener una dosis de unidad que le posibilite el cumplimiento de un fin. La anarquía y la falta de cohesión impiden la eficacia de cualquier proyecto. Pero semejante estabilidad no es un dato espontáneo, sino fruto de renunciaciones, tensiones y compromisos mutuos, que buscan reconciliarse en la solidaridad de todos. Por eso, nunca es posible la tranquilidad absoluta. Sería síntoma de que la vida había desaparecido, o de que el grupo está condenado a morir pronto, a través de una esclerotización progresiva. En medio de la paz aparente, brota de vez en cuando la protesta, el inconformismo, la desobediencia, o la contestación. Es el contraste entre la estructura y la realidad, entre lo organizado y lo espontáneo, entre la norma y la praxis.

Ahora bien, no cabe duda que todo nuevo avance, el nacimiento de otras ideas, la duda o el rechazo de criterios aceptados hasta el momento etc., resultan enormemente peligrosos para la comunidad, puesto que rompe la armonía, conseguida después de muchos esfuerzos. El pluralismo constituye siempre un atentado contra la cohesión⁷. Si antes existía el orden, la estructura firme y organizada, los nuevos esquemas aportan la inquietud, la inseguridad, el miedo ante un futuro que no se puede, por el momento, prever, y que se presenta más bien como una aventura peligrosa.

La autoridad tiene, entonces, la obligación de defender el patrimonio recibido de la historia, y evitar que el cambio y la evolución se conviertan en un caos gigan-

(6) P. LADRIERE, *L' esprit de mensonge dans le discours théologique*, Supplément 34 (1981) 519-529. J. M. MARDONES, *La asunción de la crítica ideológica de la teología*, Est. Ecles. 56 (1981) 545-571.

(7) J.-J. PAQUETTE, *Unité et Institution. Groupe, organisation et structure*, Lum. et Vie n.º 103 (1971) 49-79. R. SUBLON, *Songes et mensonge. Sur quelques façons de parler, d' enseigner, de gouverner*, Supplément 34 (1981) 559-578. G. FOUREZ, *Transgressions et morale: une problématique*, Supplément 35 (1982) 5-18.

tesco, pero su celo debería contenerse dentro de unos límites razonables. No hay que olvidar que todo progreso supone una crisis; rompe, de alguna manera, el orden existente, y nos introduce en un nuevo horizonte más desconocido e imprevisto. Como, además, es lógico y explicable que tales cambios sean frecuentemente provocados por los inconformistas, rebeldes o transgresores, la reacción inmediata —no sólo de la autoridad, sino del mismo grupo que se siente amenazado en su pacífica armonía— suele ser la condena, el rechazo y la excomunión para aislarlos e inmunizarse de sus influencias. Si el grupo reacciona con fuerza a la innovación y el pluralismo; si busca la defensa de lo tradicional, como una de las tareas más urgentes y fundamentales para evitar el error o el cisma, la posibilidad de cambio se hará cada día más lejana.

La crisis del cambio y el miedo al futuro

La defensa de la verdad conocida constituye, sin duda, una obligación de todos, pero una función como ésta podría ocultar también otros intereses ajenos al supuesto amor por la objetividad. La historia demuestra con abundantes ejemplos que los primeros renovadores, tanto en el ámbito civil como en el religioso, fueron condenados como rebeldes, traidores, locos o equivocados. La visión, que ellos ofrecían, resultaba aún demasiado nebulosa e incierta como para dejarse iluminar por ese nuevo horizonte. Y el remedio más eficaz, para evitar cualquier renovación, ha sido siempre el desprestigio y la condena de los que vislumbran nuevas posibilidades. La única alternativa lógica y coherente, frente al que se considera perverso, ingenuo o exaltado, es el rechazo condenatorio o la compasión con un cierto aire de desprecio y superioridad⁸.

La dificultad mayor de estas circunstancias radica en que, por una parte, no siempre se puede aprobar de inmediato cualquier progreso o evolución, sin un margen de reflexión o discernimiento sincero que exige, a su vez, una dosis de tiempo, prudencia y reflexión; pero, por otra, existe el peligro de la condena precipitada, cuando lo inédito pone en peligro los esquemas anteriores, y no parece que se pueda encajar con los datos tradicionales y comúnmente aceptados. Y, a veces, esta última postura, aunque se mantenga como un servicio a la tradición, nace de una comodidad excesiva, de un miedo a la intranquilidad del futuro, de un intento por mantener aquello de lo que no se quiere prescindir, por una serie de motivos diversos; de una negativa, en último término, a dejarse vencer por otra verdad, un poco mayor y más completa de la que hasta el momento se había defendido⁹. Mantener y conservar la verdad contra el error y la mentira es una tarea que, en muchas ocasiones, entra en conflicto con la exigencia de estar abiertos a todo lo que pueda enriquecerla y provocar un conocimiento mejor. El problema consiste en no sacrificar

(8) A. D' HAENENS, *De la trace transgressive. Problèmes et apports d' une analyse historique de la transgression*, Supplément 35 (1982) 31-42.

(9) Sobre la influencia de la praxis en el descubrimiento de estas verdades he escrito en *La moral popular en la reflexión ética del teólogo*, *Proyección* 29 (1982) 183-198. También B. QUELQUEJEU, *Ethos histórico y normas éticas en Iniciación a la praxis de la teología*, Cristiandad, Madrid 1985, vol. IV, 71-89.

el progreso por una verdad, que se ha ido quedando demasiado pequeña, y cuyas fronteras se deberían ampliar.

Por eso, hay que reconocer el valor positivo de muchas transgresiones en la historia, que, junto al desequilibrio que provocaron, permitieron también caminar hacia adelante. Otras, es verdad, terminaron en el fracaso, y fueron consideradas como estériles y destructoras. Su recuerdo se utiliza para legitimar la normativa vigente, con el deseo de ahogar cualquier tentativa de cambio. La experiencia demostraría así el destino absurdo de los que no se sienten tranquilos. Pero se olvida, sin embargo, que otras muchas resultaron fecundas porque, cuando el éxito les acompaña, quedan confirmadas por la misma autoridad, pierden su carácter negativo y aparecen, incluso, como gestos fundadores y actos inspirados. El rebelde termina convertido en héroe y alabado por la misma institución a la que creó problemas. Algunos otros, tal vez, no tuvieron tanta suerte, se adelantaron más de la cuenta y su memoria quedó sepultada en su propio fracaso. Ni la misma historia ha sido siempre justa para valorar la significación de estos fracasados.

Conclusión

La verdad tiene que ser defendida, como parte de nuestro patrimonio humano, contra las novedades y opiniones que la pervierten, pero también exige un trabajo de purificación de todos aquellos elementos que se descubren incompatibles con ella, aun cuando esa constatación suponga la búsqueda de otra síntesis algo diferente. La conquista de la verdad es una gestación lenta y dificultosa, con momentos de tensión e incertidumbre. Sería una traición renunciar a este esfuerzo y no estar dispuestos al abandono de lo anterior, cuando el futuro descubre nuevas posibilidades. También por una actitud demasiado conformista podemos pervertir el conocimiento de la verdad. Comunicarla no es sólo decir lo que se piensa. Hay que superar el riesgo del propio engaño, y la tentación de creerla conquistada.

Eduardo López Azpitarte